

La relación del Sacramento de la Confirmación con los demás Sacramentos de la iniciación cristiana

Fuente de reflexión sobre el testimonio cristiano y la misión
bajo la acción del Espíritu Santo

P. Hector M. Scerri

El Espíritu, que descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés, y es dado a todo discípulo de Cristo con los sacramentos de la iniciación cristiana, en particular la Confirmación, es Espíritu de santificación y de misión.

El P. Scerri, en este estudio que publicamos a continuación, ilustra la obligación misionera de todos los que reciben los sacramentos de la iniciación cristiana. Es una invitación a todos a reflexionar e intensificar la propia participación en la misión, como afirmó el Magisterio de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, y que el Papa Juan Pablo II no se cansa de repetir en su magisterio.

Una «íntima relación» (*Sacrosanctum Concilium*, 71)

En los párrafos introductorios de la Constitución Apostólica *Divinae Consortium Naturae* se afirma claramente la relación que existe entre los tres sacramentos de la iniciación. En esta Constitución sobre el sacramento de la Confirmación, el Papa Pablo VI dice: «Los fieles nacen de nuevo por el Bautismo, son fortalecidos por el sacramento de la Confirmación y finalmente son alimentados con el alimento de la vida eterna en la Eucaristía ... Más adelante mostraremos con mayor claridad el vínculo que existe entre la confirmación

y los demás sacramentos de la iniciación, no sólo por la íntima conexión de estos sacramentos entre sí sino también por el rito y las palabras con las cuales se administra la confirmación» (1).

Esta «unitas initiationis christianae», tal y como la describe la *Divinae Consortium Naturae*, ofrece una relectura y una nueva explicación de la «íntima connexio cum tota initiatione christiana» (2), mencionada ocho años antes en la Constitución sobre la sagrada liturgia del Concilio Vaticano II. Los Padres del Concilio pidieron una revisión del rito de la Confirmación «para que aparezca más claramente la íntima relación de este sacramento con toda la iniciación cristiana» (3) y se restablezca la

unidad orgánica entre los tres sacramentos de la iniciación. Bautismo, Confirmación y Eucaristía constituyen juntamente el fundamento auténtico de la vida cristiana (4), vida de testimonio y de misión en el mundo. El decreto conciliar *Ad Gentes* afirma el puesto central y la importancia de la vida sacramental para la actividad misionera: «La actividad misionera es nada más y nada menos que la manifestación o epifanía del designio de Dios y su cumplimiento en el mundo y en su historia ... por la palabra de la predicación y por la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cumbre es la sagrada Eucaristía, hace presente a Cristo autor de la salvación» (5).

Esta íntima relación no es sólo un factor ocasional o externo sino que era especialmente evidente en los primeros tiempos de la Iglesia cuando Bautismo, Confirmación y Eucaristía «formaban un rito único y homogéneo en la fuente bautismal que se completaba con la primera Comunión en el sacrificio eucarístico» (6). Hay que conservar esta íntima relación. Hay una bella oración de un ritual griego que es un indicador claro de este lazo profundo: «Señor, que te has dignado dar nueva vida a tu siervo que fue iluminado por medio del agua y del Espíritu ... concédele también el sello del don de tu Santo Espíritu y la comunión al cuerpo santo y a la sangre preciosa de tu Cristo» (7).

Los tres sacramentos de la iniciación constituyen a la persona cristiana y le infunden una nueva vida en el Espíritu. Por el poder del Espíritu Santo, el cristiano asume la responsabilidad y la misión de ser testigo ante todos sus hermanos y hermanas. De hecho estos tres sacramentos «están íntimamente unidos y constituyen los tres estadios de una evolución única» (8), que se concluye en la formación de cristianos maduros cuya vocación es ser hombres y mujeres para los demás, en servicio y amor, bajo la acción del Espíritu Santo.

La Confirmación, sello y plenitud del Bautismo

Cipriano Vagagnini ve la Confirmación como «el sello de la plenitud del Bautismo» (9) porque mediante la acción del Espíritu Santo el cristiano es fortalecido para que pueda luchar contra las tendencias dañinas internas y externas. Podemos, por tanto, ver que la Confirmación «perfecciona» la

consagración individual del Bautismo (10), reforzando su testimonio cristiano en la Iglesia y en el mundo. Wilhelm Breuning explica esta relación entre Bautismo y Confirmación mostrando que «la relación con el Espíritu Santo creada por la Confirmación presupone la existencia previa de la relación fundamental bautismal con el mismo Espíritu» (11). Frases como *augmentum gratiae, ad robur, perfectio* (12) y *consummatio* – características todas ellas de la Escolástica y de los textos posteriores – se refieren a este aspecto de la Confirmación con respecto al Bautismo. En la práctica oriental de la Confirmación hay una referencia interesante a este respecto. Nicholas Cabasilas (c.1320-1391), teólogo bizantino, liturgista y escritor espiritual, usa el verbo *teleitai* (hecho perfecto) cuando habla de la persona confirmada. Más aún, llama al ministro del sacramento *telestes* (el que perfecciona y acaba) (13). La Confirmación supone que la persona bautizada es enviada en misión (14) al mundo en el que vive. Toda misión exige un testimonio real y auténtico (15). Por el hecho de vincular al individuo más fuertemente a Cristo y a la Iglesia (16), bajo la acción del Espíritu Santo, la Confirmación le dispone para la comunión eclesial que se perfecciona con la participación plena en la mesa de la Eucaristía.

Varios textos litúrgicos, antiguos y modernos, revelan la íntima conexión entre los sacramentos de la iniciación cristiana y el testimonio. Ilustraremos este aspecto con la ayuda de un ejemplo. En una de las oraciones del Eulogio de Serapio encontramos bellas referencias al don del Espíritu Santo y a sus efectos en la vida del cristiano. Esta oración se refiere a la bendición del olio que se usa para el sacramento de la Confirmación: «Dios de los ejércitos, protector de todo el que se vuelve a ti ... Tú das a este olio un poder divino y celestial. Que los bautizados que son ungidos con este olio, con el signo salvador de la cruz del Hijo unigénito ... *participen cada vez más del don del Espíritu* ... Que, fortalecidos con este sello, permanezcan firmes e inamovibles, ilesos e inviolables, protegidos contra las amenazas y sorpresas, viviendo en la fe y conocimiento de la verdad hasta el fin de sus vidas ...» (17).

Este texto nos recuerda las palabras de la Encíclica *Redemptoris Missio*, en la que Juan Pablo II se refiere al sacramento del Bautismo con estas palabras: «no es un mero sello de la conversión, como un signo exterior que la demuestra, sino que es un sacra-

mento que significa y lleva a cabo este nuevo nacimiento por el Espíritu ... Al mismo tiempo, invito a los fieles y a las comunidades cristianas a dar auténtico testimonio de Cristo con su nueva vida» (18).

Esto refuerza la comunión eclesial haciendo a los cristianos miembros activos y responsables de la Iglesia. Esta misión exige un vínculo cada vez más fiel con la Iglesia, en amor y servicio a los propios hermanos. De hecho, por la omnipresente acción del Espíritu Santo, el Bautismo consagra los más profundos fundamentos del ser cristiano, la Confirmación le da la fuerza para realizar acciones en su vida diaria, al mismo tiempo que es alimentado y fortalecido por la Eucaristía. Así es como la vida cristiana se ve como una vida de intimidad con cada una de las Personas de la Trinidad. Según Georges Delcuve, el Bautismo corresponde al envío que hace Dios a nuestros corazones del Espíritu de su Hijo, la Confirmación corresponde a la donación que el Padre nos hace del Espíritu y el Espíritu da testimonio del Hijo; en la Eucaristía tenemos el Espíritu del Padre y del Hijo que une a la comunidad cristiana como un solo cuerpo (19).

Dom Pelagio Visentín describe la profunda unidad que existe entre los sacramentos de la iniciación y la acción del Espíritu Santo con bellas palabras. Ve la celebración de la Eucaristía por la comunidad eclesial como la culminación de la iniciación cristiana. En esta celebración «el bautizado, injertado en Cristo muerto y resucitado, y “confirmado” con el “sello del Espíritu Santo” ... llega al más alto grado de asimilación con el hombre nuevo que se reveló la mañana de Pascua ...» (20).

Vínculo profundo con el misterio pascual de Nuestro Señor

El misterio pascual de Jesús llevó a la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, lo cual, a su vez, llevó a la difusión del kerigma mediante el testimonio enérgico y convencido de los primeros miembros de la Iglesia. J.D.Crichton afirma que «si se entiende la Confirmación como la inhabitación del Espíritu Santo en el bautizado individual, se deduce de ello que ‘confirma’ su relación con Cristo y capacita para dar testimonio de Cristo en su pasión y resurrección» (21).

La característica fundamental de la vida del cristiano que tiene el deber de proclamar la Buena

Nueva de nuestro Señor es la firme convicción de que Jesús murió por todo el género humano y resucitó de entre los muertos (22) y, por tanto, trajo la liberación del pecado y de la muerte. Es un mensaje de amor y de esperanza que infunde ánimo, especialmente a los débiles y enfermos. La Confirmación, por tanto, embarca al cristiano en una misión apostólica. El cristiano confirmado es responsable de «trabajar ... en pro de una opinión pública sana, de una cultura, por una vida económica y política madura» (23). Mediante la corresponsabilidad y la participación es un testigo de Cristo en el mundo. Esto resulta también evidente en las oraciones que forman parte del rito de la Confirmación: abundan en ellas las referencias a Pentecostés, de modo que en este sacramento el cristiano es considerado más claramente como partícipe de la misión de los apóstoles.

La Confirmación está ordenada a la Eucaristía, culminación de la iniciación cristiana. La Eucaristía es el alimento espiritual necesario para llevar a cabo la actividad apostólica y, al mismo tiempo, el vínculo de caridad que une a todos los que participan en el mismo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor. Nuestra participación auténtica y activa en la Eucaristía puede ser considerada también como un aspecto de nuestra entrega a la misión en la comunidad. San Agustín lo expresa con gran profundidad: «Si sois cuerpo y miembros de Cristo vuestro sacramento está puesto en la mesa del Señor; recibís vuestro sacramento. De modo que respondéis “amén” (sí, es verdad) a lo que sois, y respondiendo a ello asentís a ello. Porque oís las palabras “el Cuerpo de Cristo” y respondéis “Amén”. Sed pues miembros del Cuerpo de Cristo para que vuestro “Amén” sea verdadero» (24).

Pero puede apreciarse aún más el vínculo profundo que une la Eucaristía al Bautismo y a la Confirmación si tenemos en cuenta el significado de la *consignatio* durante la Confirmación. En el Bautismo somos sepultados con Cristo, «a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6,4). La Eucaristía es el memorial de la muerte de Cristo, la presencia y el ofrecimiento sacramental de su muerte en la cruz. Ahora bien, en la Confirmación se marca la frente con la señal de la cruz (*consignatio*), acompañada por la imposición de las manos (la invocación del Espíritu Santo) en los ritos anti-

guos. El rito revisado de la Confirmación conserva el significado de la relación entre la cruz y la efusión del Espíritu Santo: «El Obispo moja su dedo pulgar en el crisma y hace la señal de la cruz sobre la frente del confirmando, diciendo: “N., sé sellado con el don del Espíritu Santo”» (25).

Bautismo, Confirmación y Eucaristía: una vida de entrega y misión

Muchos autores ven la Confirmación como el sacramento del apostolado del cristiano en la Iglesia universal. Karl Rahner llama a la Confirmación «el sacramento de la misión y del testimonio» (26) como una manera de «colaborar en la misión de la Iglesia» (27) y de participar plenamente en ella. El tema del testimonio cristiano y de la *parresia* bajo la acción poderosa y vivificante del Espíritu Santo puede demostrarse por el rito actual de la Confirmación.

En este rito encontramos frases como «*testigo de Cristo*», «*dando testimonio ante el mundo*», «*proclamando a todos las Palabra*» y «*miembros activos de la Iglesia*». Son una clara indicación del significado del sacramento de la Confirmación en la vida y misión de todos los *christifideles* como mensajeros de la Buena Nueva de Jesús, abriendo sus corazones y vidas a la acción del Espíritu Santo, de modo que todo el género humano pueda conocer el amor del Padre. Siendo hijo del Padre por el Bautismo, fortalecido y llamado a dar testimonio en la Confirmación y alimentado en la Eucaristía, el cristiano tiene un apostolado y una misión que realizar en la Iglesia (28) y en la sociedad (29). Lo afirma el Decreto *Ad Gentes*: «Todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la Confirmación, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre (cf. Mt 5,16) y perciban el sentido auténtico de la vida y el vínculo universal de la unión entre los hombres» (n. 11) (30).

Lo mismo se repite en otra sección del mismo Decreto *Ad Gentes*. Los Padres conciliares afirman la relación entre renacer en Cristo por el bautismo y el auténtico testimonio cristiano en todas las esferas de la vida. El decreto conciliar afirma que todos

los bautizados están llamados «a dar ejemplo con la vida y con la palabra en la familia, en el grupo social y en el ámbito de su profesión» (31). Estas palabras las vivieron hombres y mujeres sin número a lo largo de todos los tiempos, en todos los continentes y en las más variadas circunstancias y situaciones de su vida. En el contexto de este artículo puede ser útil una referencia al testimonio dado por el beato Peter To Rot (1912-1945), catequista y mártir de nuestros días, beatificado por el Papa Juan Pablo II durante su reciente viaje a Papúa Nueva Guinea: «Inspirado por su fe en Cristo, el beato Peter fue un marido dedicado a su familia, un padre amante y un catequista entregado muy conocido por su amabilidad, gentileza y compasión. Su fuerza eran la misa y la comunión diarias, así como sus frecuentes visitas a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, que le infundían sabiduría para aconsejar a los desalentados y valentía para perseverar hasta la muerte» (32).

El testimonio del beato Peter ante la opresión y persecución le llevó a defender la vida de familia, la unidad del matrimonio y la fidelidad conyugal. Cuando los sacerdotes de su pueblo fueron encarcelados, siguió enseñando a los fieles con valentía y entusiasmo, visitando a los enfermos, bautizando y dirigiendo la oración del pueblo. El Papa alabó la madurez espiritual del nuevo *beatus* y lo presentó como un testimonio radiante para todos, especialmente para el apostolado seglar: «Su madurez espiritual se demostró en su madurez apostólica. Dedicó especial atención a los tibios en la práctica de la fe y a los que la habían abandonado ... ¡No os desaniméis sobre el futuro de la evangelización!. ¡No dudéis en predicar la Buena Nueva con claridad y valentía, porque sólo hay una verdadera esperanza para la humanidad, Jesucristo ...» (33).

Este es un ejemplo concreto de vida misionera de servicio al prójimo en todos los medios ambientes y sectores de la vida. Podemos relacionarlo con lo que afirma Juan Pablo II en su Encíclica sobre el valor e inviolabilidad de la vida humana, *Evangelium Vitae*. En la promoción de la cultura al servicio de la vida humana, el Papa afirma: «La evangelización es una acción global y dinámica, que compromete a la Iglesia a participar en la misión profética, sacerdotal y real del Señor Jesús. Por tanto, conlleva inseparablemente las *dimensiones del anuncio, de la celebración y del servicio de la caridad*. Es un acto *profundamente eclesial*, que exige la cooperación de to-

dos los operadores del Evangelio, cada uno según su propio carisma y ministerio. Así sucede también cuando se trata de anunciar el *Evangelio de la vida*, parte integrante del Evangelio que es Jesucristo. Nosotros estamos al servicio de este Evangelio, apoyados por la certeza de haberlo recibido como don y de haber sido enviados a proclamarlo a toda la humanidad 'hasta los confines de la tierra' (Hch 1,8). Mantengamos, por ello, la conciencia humilde y agradecida de ser el *pueblo de la vida y para la vida* y presentémonos de este modo ante todos» (34).

La *Redemptoris Missio* habla del papel del laicado y del amplio radio de su actividad misionera, así como de su implicación en el gran desarrollo de los «movimientos eclesiales», dotados de dinamismo misionero» (35). La llamada a la misión *ad gentes* tiene otra dimensión: la responsabilidad de todos los cristianos de ser portadores del amor reconciliador del Padre hacia los demás. Es una llamada a superar las barreras y a abrir los corazones a la incansante acción del Espíritu Santo, proclamando así la juventud eterna del mensaje de Cristo (36). Es lo que afirma el Papa con vigor renovado en su Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente*. «Se incluye por tanto entre los objetivos primarios de la preparación del Jubileo *el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu*, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la *Confirmación*,

como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que El ha suscitado para su bien ... El Espíritu es también para nuestra época el *agente principal de la nueva evangelización*. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como Aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos (37).

Es una invitación que el Papa repitió en Manila durante la celebración de la 10ª Jornada mundial de la juventud, como conclusión de su sentida homilía ante una enorme multitud: «Querido pueblo de Filipinas, *seguid adelante con la fuerza del Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra*, en primer lugar en vuestro propio mundo, en vuestras familias, comunidades y en la nación a la que pertenecéis y amáis; y en el amplio mundo de Asia, del cual la Iglesia en Filipinas tiene una especial responsabilidad ante el Señor ... Y todos vosotros, no solamente el pueblo filipino, tenéis la misma responsabilidad ante el Señor y ante el mundo más allá de estas fronteras, trabajando con fe para la renovación de toda la creación de Dios. Es vuestra responsabilidad, vuestra llamada en todas partes, en Europa, en África, en las dos Américas, en Australia, en todas partes» (38).

* * *

NOTAS

(1) PABLO VI, Constitución Apostólica *Divinae Consortium Naturae*, 15 de agosto 1971.

(2) Cf. GY Pierre-Marie, *Le problème de la confirmation dans l'Eglise catholique*, en *La Maison-Dieu*, 168 (1986), p.8.

(3) CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 71.

(4) Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1210, 1285.

(5) CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad Gentes*, 9.

(6) VAGAGNINI Cipriano, *Theological Dimensions of the Liturgy* (Liturgical Press, Collegeville, Minnesota 1976), p. 174.

(7) Citado por JOUNEL Pierre, *La confermazione*, en GELINEAU Joseph, *Nelle vostre Assemblee*, Queriniana, Brescia 1970, p.494.

(8) RANWEZ Pierre, *The sacrament of Confirmation, builder of the Personality for Service in the Mystical Body of Christ*, en *Lumen Vitae* 9 (1954), p. 19.

- (9) VAGAGNINI Cipriano, *Theological Dimensions*, p. 411.
- (10) Cf. CONGAR Yves-Marie, *I Believe in the Holy Spirit*, III (Geoffrey Chapman, Londres 1983), pp. 217-218.
- (11) BREUNING Wilhelm, *When to Confirm in the case of Adult Baptism*, en *Concilium* 3.2 (1967), p. 53.
- (12) Cf. MAGRASSI Mariano, *Confirmatione Baptismus perficitur. Dalla «perfectio» dei Padri alla «aetas perfecta» di San Tommaso*, en *Rivista Liturgica* 54 (1967), p. 430 ss.
- (13) Cf. NORET Jacques, *La confirmation selon Nicolas Cabasilas*, en *La Maison-Dieu*, 168 (1986), p. 35.
- (14) Cf. COFFY Robert, *La confirmation aujourd'hui*, en *La Maison-Dieu*, 142 (1980), pp. 30-37.
- (15) Cf. FRENO Gorg, *Il-Konfirmazzjoni: Ghandna Bzonnha?. Riflessjonijiet Duttrinali u Pastoral*, en *Knisja* 2000, 15 (1990), p. 18.
- (16) «... se vinculan más estrechamente a la Iglesia». GERARDI Renzo, *Il sacramento della confermazione e il dono dello Spirito Santo*, en *Lateranum* 47 (1981), p. 495.
- (17) JUAN PABLO II, *Euchologion Serapionis*, citado por VAGAGNINI, *Theological Dimensions* ..., pp. 411-412.
- (18) JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, n. 47.
- (19) Cf. DELCUVE Georges, *Becoming Christians in Christ*, en *Lumen Vitae*, 28 (1973), pp. 88-94.
- (20) VISENTIN Pelagio, *Culmen et Fons*, Ed. Messaggero, Padova 1987, p. 125.
- (21) CRICHTON J.D., *Theology of Worship*, en JONES Cheslyn - WAINWRIGHT Geoffrey - YARNOLD Edward (ed.), *The Study of Liturgy*, SPCK, London 1987, p. 26.
- (22) Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo 1995*, 25 de marzo 1995, n. 3.
- (23) HAERING Bernard, *Healing and Revealing*, St. Paul Publications, Slough 1984, p. 58.
- (24) S., AGUSTIN, *Sermón 272*, P.L. 38,1247; Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1396.
- (25) *Rito de la Confirmación*, n. 27, en *The Rites*, pp. 309-310.
- (26) RAHNER Karl, *A new Baptism in the Holy Spirit - Confirmation Today*, Dimension Books, New Jersey 1975, p. 9.
- (27) RAHNER Karl, *La Iglesia y los sacramentos*, Ed. Herder, Barcelona, 1966.
- (28) Cf. MAGRASSI Mariano, *Vivere la Liturgia*, Ed. La Scala, Noci 1987, p. 250.
- (29) Cr. DOYLE Eric, *Confirmation for Commitment to Mission*, en *The Clergy Review* 67 (1982), p. 164.
- (30) CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad Gentes*, n. 11.
- (31) CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad Gentes*, 21.
- (32) JUAN PABLO II, *Homilía en la misa de beatificación de Peter To Rot* (17 de enero 1995), en Port Moresby, Papúa Nueva Guinea, n. 3.
- (33) JUAN PABLO II, *Encuentro con el clero, religiosos y laicos*, 16 de enero 1995, en Port Moresby, Papúa Nueva Guinea, cf. iv.
- (34) JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium Vitae*, 25 de marzo 1995, n. 78.
- (35) JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, 7 de diciembre 1990, n. 72.
- (36) Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, 1994.
- (37) JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, 10 de noviembre 1994, n.45.
- (38) JUAN PABLO II, *Homilía durante la Misa en Manila*, 10ª Jornada mundial de la Juventud, 15 de enero 1995, n. 8.

* * *